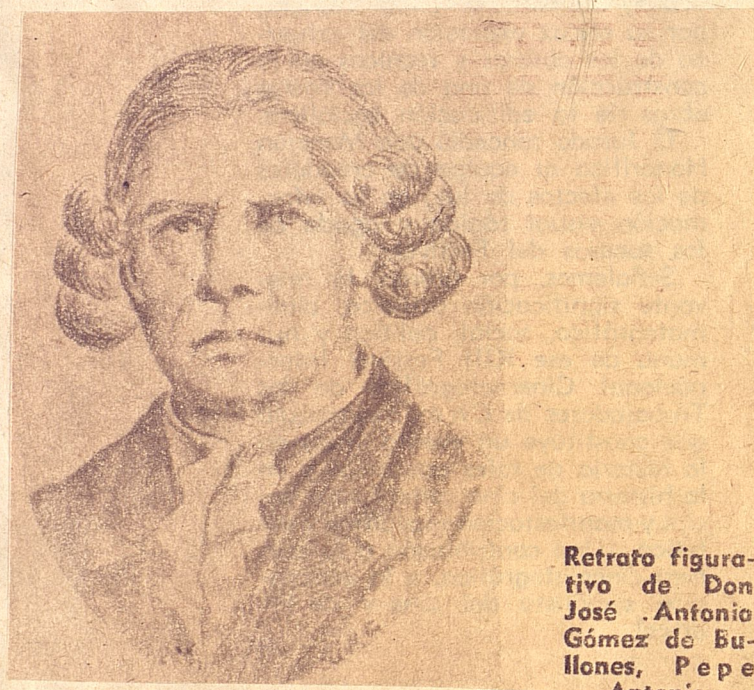


Hace 200 Años

LA TOMA DE LA HABANA POR LOS INGLESES

Por R. MARTINEZ PAULA



Retrato figurativo de Don José Antonio Gómez de Bullones, Pepe Antonio.

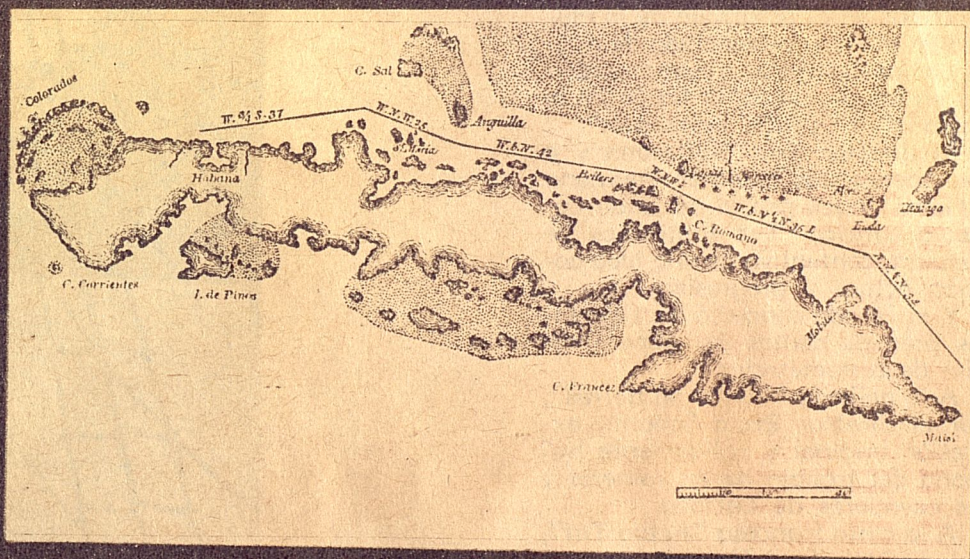


PATRIMONIO DOCUMENTAL

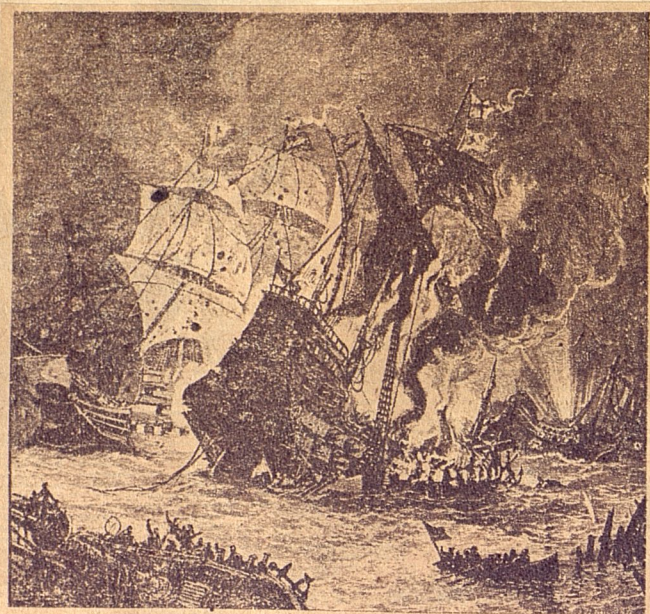
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



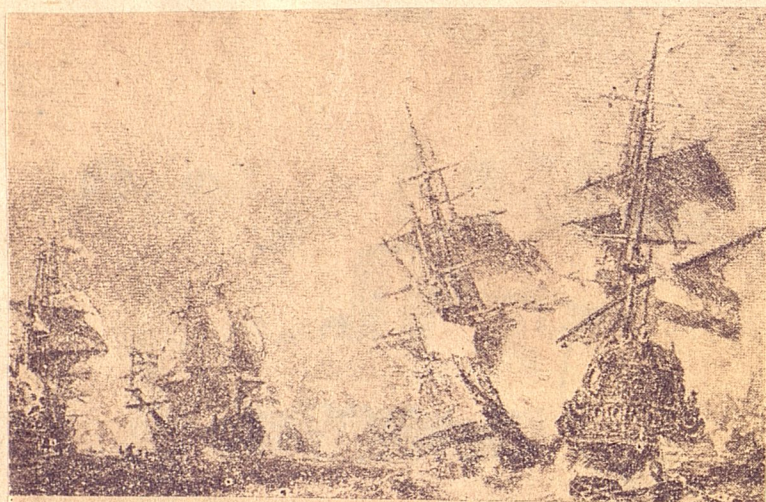
Almirante Sir George Pocock, jefe de la escuadra inglesa que hizo posible con su efectivo apoyo la "operación de pinza", sobre La Habana.



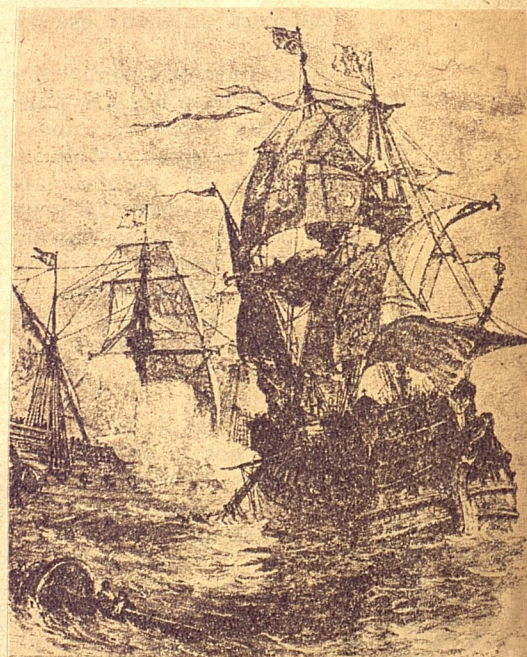
Ruta seguida por los ingleses en 1762 y que sorprendió a los españoles, pues era desconocida para estos.



Los ingleses se impusieron en el mar batiendo a las formaciones navales españolas, dejando establecida su supremacía en el mar.



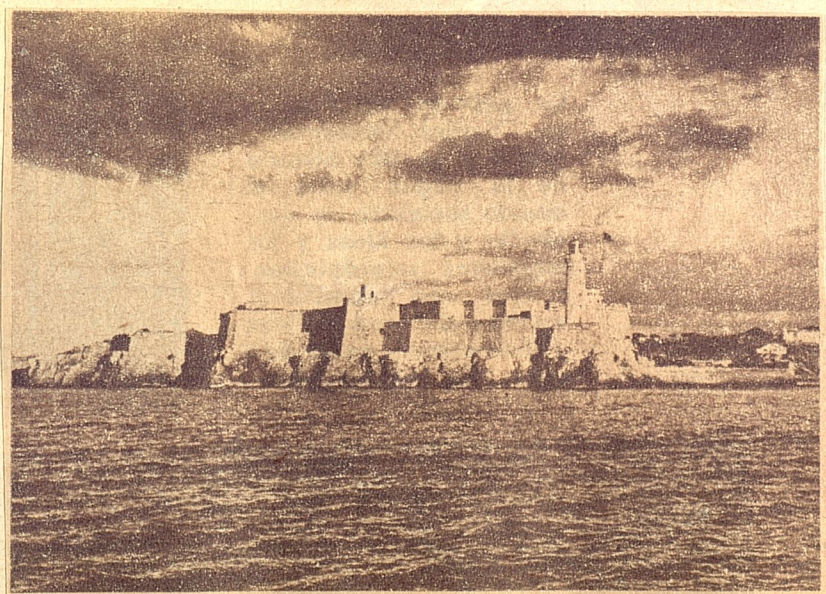
Para arruinar a España los ingleses descendieron hasta el Golfo de México para interceptar los navíos españoles. Los primeros empeños los iniciaron Hawkins y Drake.



Una formación de galones españoles es sorprendida en alta mar por los barcos ligeros ingleses.



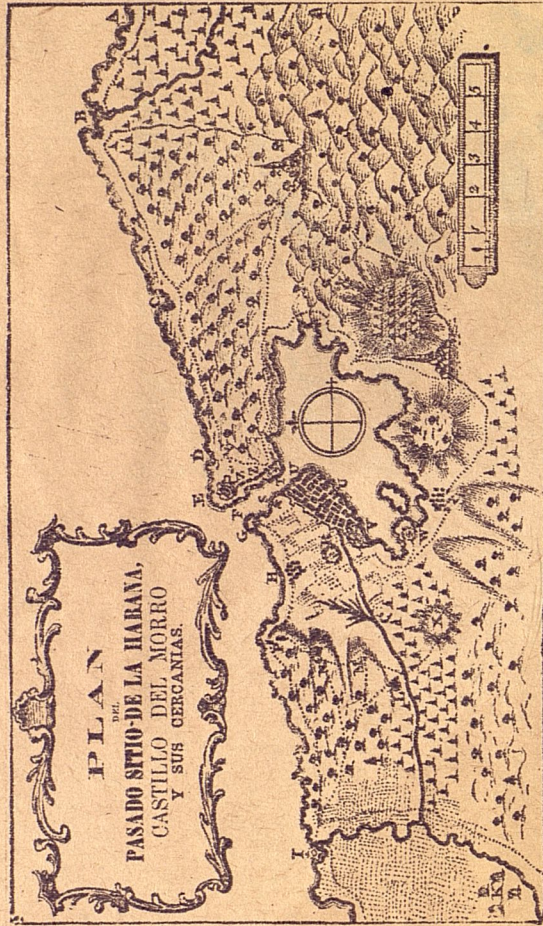
Don Luis de Velasco, el valiente capitán de navío que murió defendiendo el Morro. Su valor le valió la admiración y el respeto de sus adversarios.



El Morro de La Habana, principal obstáculo con que tropezaron los ingleses en su asedio, a causa de la heroica defensa dirigida por don Luis de Velasco.



El Conde de Albemarle, que como jefe de las tropas de desembarco suspendió todas las hostilidades en señal de duelo por la muerte del valiente capitán Luis de Vejasco, rindiéndole honores militares.



Referencias al Plano:

- A. Lugar del Desembarco.
- B. Castillo de Cojimar.
- C. Parque de Artillería.
- D. Dos baterías.
- E. Castillo del Morro.
- F. Entrada.
- G. Castillo de la Punta.
- H. Un torreón.
- I. La Chorrera.
- K. Molinos de Tabaco.
- L. Cuartel del Coronel Howe.

- M. Campamento de Granaderos.
- O. Monte de San Lázaro.
- P. Baterías inglesas.
- Q. Ojo de Agua.
- R. Edificios ingleses.
- S. Batería del Gobernador.
- T. Almendares.
- U. Ciudad.
- V. Arsenal de la Armada.
- W. Altura fortificada.
- X. Infantería Ligera.
- Y. Baterías contra el Morro.
- Z. Baterías contra la ciudad.

153

CONMEMORANSE en estos días los 200 años de aquel extraordinario episodio bélico que tuvo por escenario La Habana, y que fuera el hecho de guerra más audaz del siglo XVIII. De la toma de La Habana por los ingleses, han quedado en nuestra historia para siempre una serie de incidentes que retratan toda una época y en que las pasiones más bajas contrastan con sentimientos de nobleza, valor y hombría de bien.

A recordar a los personajes de aquella guerra; a describir el desarrollo de la misma y rendir homenaje merecido tanto al valor español y al criollo como a la caballerosidad inglesa, está dedicado el presente trabajo.

ORIGEN DE LA GUERRA

Después del Tratado de Aquisgrán, las naciones europeas estuvieron siete años viviendo en paz; pero en 1754, Francia e Inglaterra volvieron a luchar en América por las inmensas posesiones que allí tenían.

Inglaterra dominaba en toda la costa oriental de lo que hoy son los Estados Unidos de Norteamérica; Francia era dueña de vastos territorios en la parte central, septentrional y meridional, y España era dueña de todo el occidente y de la Florida.

El motivo de la guerra fueron las regiones del río Ohio y de Nueva Escocia, que se disputaban Jorge II de Inglaterra y Luis XV de Francia. Habiendo muerto Fernando VI, subió al trono en España Carlos III, quien, enemigo de Inglaterra, no tuvo inconveniente en firmar el Pacto de Familia en Versalles con su pariente Luis XV de Francia. Por el pacto se comprometían ambos países a considerar enemigo común al que lo fuera de una de las partes.

Enterada Inglaterra, después de una lucha diplomática, publicó la

declaración de guerra a España el 2 de enero de 1762.

LA ESCUADRA INGLESA

En 1756 estuvo de visita en La Habana el almirante Knowles, el que tomó nota de las fortificaciones de La Habana e hizo un plano donde marcaba los puntos para un ataque a la ciudad.

Al declararse la guerra, el gobierno inglés dispuso que con vista del plan se hiciera cargo el conde de Albermarle de un ejército de 14,000 hombres, y que Sir George Pocock saliese al frente de una flota de unos 200 barcos con los cuales debía atacar y tomar a La Habana. De esa forma salió para América la mayor fuerza de guerra de todos los tiempos.

Gobernaba en Cuba a la sazón don Juan de Prado Portocarrero, que carecía de talento militar y político. Portocarrero estaba en antecedentes de la guerra entre España e Inglaterra, a pesar de lo cual no tomó las medidas oportunas y sólo se ocupó de que se vigilara por el lado oeste; pero los ingleses, que tenían en su poder una ruta por el Canal de las Bahamas que había sido prepara-

da por marinos piratas, se dirigieron de Jamaica al Paso de los Vientos saliendo a la costa norte y atravesando el referido Canal para aparecer frente a Matanzas el día 5 de junio, y el día 6, a la salida del sol, a la vista de La Habana.

EL ATAQUE A LA HABANA

Al principio, los habitantes de La Habana pensaron, igual que el gobernador, que se trataba de una flota que pasaba por frente a la capital; pero pronto se dieron cuenta de que hacían preparativos de desembarco y que era una formidable escuadra de guerra mandada por ingleses.

El general Prado convocó una

junta de guerra y se dio la alarma a la ciudadanía tocando las campanas de las iglesias y los clarines y cornetas, poniendo a los vecinos sobre aviso de que una poderosa escuadra enemiga se acercaba al puerto de La Habana.

Mientras el general Prado disponía las defensas, encargando al coronel Caro que al frente de 3 000 hombres ocupara las playas de Cojimar y Bacuranao y resguardara la altura de La Cabaña que aún no estaba fortificada. Pepe Antonio Gómez, regidor de Guanabacoa, ya se había dirigido hacia la costa con un contingente de milicianos para hostilizar a los invasores.

La costa de San Lázaro sería defendida por don Alejandro Arroyo, y el capitán de navío don Luis de Velasco fue nombrado comandante del Morro y don Manuel Briceño, de La Punta.

La guarnición de La Habana contaba con 27 600 hombres, 130 cañones y 8 bastiones artillados en los castillos de La Punta y La Fuerza. En el puerto estaban unos trece barcos de guerra, el 20 por ciento de la flota de guerra española.

Una de las primeras medidas torpes de la defensa de La Habana, fue poner a tres de estos barcos —el "Neptuno", "Europa" y "Asia"— a la entrada del puerto, el cual se mandó cerrar, además, con una cadena de gruesos maderos herrados, pero no creyéndose que esto fuera suficiente para impedir la entrada de los barcos enemigos, "se tuvo la rara idea —dice un historiador— de hundir dos de aquellos magníficos navios a la entrada del canal". Con tanta precipitación fue ejecutada la orden, que alguno de los marineros de a bordo hubieron de ahogarse.

Esa orden dejaba al enemigo dueño absoluto del mar, pudiéndose mover libremente. Por otra parte, nunca el almirante inglés per-

só en forzar la entrada del puerto, en vista de las defensas y la resistencia que opondrían contra tal cosa los fuertes y la escuadra.

Pero todavía otra medida que parecería inspirada por enemigos, vino a empeorar las cosas, al ordenar el general Prado destruir la trinchera que se había construido en la altura de La Cabaña, donde estaban montados ya nueve cañones de a dieciocho en dos bate-

154

rías que daban frente a los caminos de Guanabacoa y Cojímar, haciendo bajar a la plaza la artillería y destruir las obras construidas de madera.

El día 7, al amanecer, los ingleses, ayudados por el fuego de dos fragatas, hicieron retirarse al coronel Caro, logrando desembarcar por Cojímar y Bacuranao unos 10,000 soldados.

Entretanto para distraer la atención de los defensores, el almirante Pocock amenazaba a La Habana.

A la mañana siguiente, el conde de Albemarle ordenó al grueso de su ejército la toma de Guanabacoa, la cual fue ocupada el mismo día 8, refugiándose en Jesús del Monte el coronel Caro.

Dueños los ingleses de Guanabacoa y dominando las costas de Cojímar y Bacuranao, comenzaron sus ataques a La Cabaña que, por error no estaba fortificada.

Para facilitar las operaciones sobre La Cabaña, el conde de Albemarle dirigió sus ataques contra el torreón de La Chorrera, que era defendido por el habanero don Luis de Aguilar, que estuvo combatiendo hasta que se le acabaron las municiones. Tomada La Chorrera, los ingleses desembarcaron 3,000 hombres y avanzaron por las costas de San Lázaro.

LA DEFENSA DEL MORRO

Sólo faltaba a los invasores vencer la resistencia que les ofrecía el Morro. El valiente don Luis

Velasco pidió a la Junta de Guerra que se intentase destruir las baterías inglesas de La Cabaña, que representaban una seria amenaza para el Morro. El 29 de junio se dispuso que 640 hombres trataran de destruir cuatro baterías que estaban defendidas por cuatro mil ingleses y la derrota fue total. El teniente coronel Ignacio Montes fue herido gravemente y su compañía se dispersó; lo mismo hicieron las otras dos secciones mandadas por el coronel Arroyo y el capitán de granaderos, don Nicolás Amer, teniendo en total 48 muertos y más de cien heridos.

El día 1 de julio, los británicos rompieron un fuego terrible. Las baterías de tierra inglesas, o sea la batería Guillermo, compuesta de 4 cañones de a 24 y 2 morteros de a 13; la batería de 8 cañones y dos morteros del mismo calibre, y la tercera o paralela de Dixon, de 2 morteros u obuses de 14 pulgadas y doce más pequeños, así como la de la playa, con 2 obuses de a 13, uno de 10, y 14 más pequeños, dejaban caer una lluvia de hierro y fuego sobre los baluartes de Austria y Tejada en la parte sur del Morro.

Al mismo tiempo empezaban a disparar por la parte del mar los navíos "Cambridge", de 80 cañones; el "Dragón", de 74; el "Malborough", de 70, y el "Sterling Castle", de 64, en total, el Morro sufre el castigo de 335 cañones, contando para su defensa Velasco con 64.

El fuego se mantuvo ininterumpido durante seis horas. En esas seis horas terribles el Morro parecía un volcán arrojando fuego por sus 64 bocas.

El navío "Cambridge" se acercó a veinte varas del castillo, recibiendo la muerte su audaz capitán, quedando sin timón, sin mástiles y sin velas, salvándose de irse a pique el "Malborough", que lo remolcó fuera del combate. Luego se acercó el "Dragón", que aunque fue seriamente averiado logró desmontarle varios cañones a Velasco. Este tomó entonces el mando del contrabatería de tierra y con su gran artillería logró por fin apagar el fuego de las baterías británicas.

El valor de Velasco llenó de asombro a los sitiadores y Mac Keller escribió en su diario que jamás encontró un enemigo más digno. Las pérdidas inglesas fueron mayores que las españolas.

Velasco aprovechaba las noches para reparar los destrozos que el cañoneo enemigo había causado de día en el castillo. Los británicos volvieron a cañonear el castillo con más bríos, logrando silenciar las baterías españolas menos dos, pero la artillería de Velasco logró nuevamente tiros tan certeros, que hicieron inflamar las baterías británicas destruyéndoles el trabajo de 500 hombres durante 15 días.

Con inverosímil rapidez, volvió el conde Albemarle a reconstruir las baterías, y el día 9 de julio tenían ya doce cañones montados y el once, 18 con varios obuses.

Con gran ventaja para los sitiadores comenzó el fuego ese día y toda la parte sur del castillo, que mira hacia La Cabaña, quedó completamente arruinada y los cañones desmontados.

El día 15, Velasco, casi sin poder moverse, tuvo que abandonar el Castillo para curarse. Durante su ausencia, ocupó su lugar el capitán de navío don Francisco Medina, comandante del navío "Infante". Medina cambió la táctica

de defensa de Velasco de contestar al enemigo con el mayor número de cañones, procediendo al ahorro de municiones y a la defensa de los sitiados parapetándose detrás de las cortinas y baluartes. Por su parte, los atacantes aprovecharon el amaine de fuego del Castillo para reforzar sus paralelas con dos baterías más de obuses y cañones y empezaron la construcción de dos minas para volar la forteleza.

Al mismo tiempo, el coronel Howe, desde la loma donde se encuentra hoy el Castillo del Príncipe, dominaba la parte oeste de la ciudad, hasta la caleta de San Lázaro, desde donde atacaba los baluartes del Angel y los castillos de la Punta y el Morro.

El cubano coronel Aguiar pidió autorización para atacar las baterías inglesas de grueso calibre, colocadas en San Lázaro, que tanto daño causaban a la plaza. Saló de la ciudad con una compañía de miqueletes catalanes y otra de negros valientes, a las 3 de la madrugada del día 18 de julio. En silencio se deslizaron hasta las baterías inglesas; sorprendieron a los centinelas; degollaron más de 20 hombres, haciendo prisioneros al comandante y a diez y seis.

soldados; clavaron diez y seis cañones de a 36 y cuatro obuses e incendiaron las baterías. Cuando el coronel Howe acudió a castigarlos ya Aguiar y su gente estaba dentro del recinto de la plaza. El general Prado concedió la libertad a ciento cuatro esclavos que tomaron parte en esta difícil acción, según cuenta Guiteras en su "Historia de la Conquista de La Habana", que tuvo la virtud de unir a blancos y negros en la defensa de Cuba.

LA RENDICION

Mientras tanto, la defensa del Morro era cada vez más desesperada. Los zapadores ingleses trabajaban noche y día en las minas. Se repitió otra salida para destruir las fortificaciones y baterías inglesas que atacaban el Castillo; pero aunque arremetieron con gran valor logrando degollar varios centinelas, el capitán inglés Stewart les salió al encuentro con una compañía de zapadores y un batallón de norteamericanos, haciéndoles retirar precipitadamente y ocasionándoles cientos de bajas.

Otra columna salió por el ángulo saliente del Morro para atacar a los zapadores británicos, pero fueron igualmente rechazados. La tercera división se encaminó hacia La Cabaña; pero viendo a los enemigos con las mechas encendidas, se retiraron por donde vinieron. Los ingleses tuvieron noventa bajas entre muertos y heridos y los defensores más de cuatrocientos. Por mutuo acuerdo de Prado y Albermarle, se suspendieron las hostilidades para enterrar a los muertos, no combatiéndose durante el día 23 de julio. (Citado por Bachiller y Morales).

El día 24 volvió al castillo el capitán Velasco, aunque no repuesto del todo, siendo recibido con grandes muestras de entusiasmo por la guarnición.

El capitán Velasco confiaba en el informe de los ingenieros Ricaud y Cotilla, de que las minas no podrían volar el baluarte. Por otra parte, sabía que las enfermedades diezaban a las tropas de los sitiadores, la fiebre amarilla, el rigor del clima y hasta un providencial ciclón, podría obligar a los sitiadores a levantar el asedio. (Los ingleses tuvieron 4 mil bajas por enfermedades).

En vano esperaba ayuda de México, Santo Domingo, de la Florida o de los franceses, pues no tuvo ninguna. En cambio, los ingleses recibieron el día 29 un buen refuerzo de Nueva York, con la primera división americana al mando del brigadier Burton.

El jefe de ingenieros ingleses, Mac Kellar, terminó las minas, estando todo preparado para volar el castillo al día siguiente.

El conde Albermarle escribió a Velasco dándole cuenta de que estaba minado el castillo y que en vista de que no tenía esperanzas de defensa debía rendirse. Usó Albermarle un lenguaje culto, caballero y en igual estilo le respondió el valiente defensor del Morro y le hizo saber que estaba dispuesto a morir en la defensa del castillo.

A las dos de la tarde del día 30, una terrible explosión dejó oír en La Habana y sus alrededores. Por la brecha abierta en

la fortaleza, entraron los ingleses, saliéndoles al encuentro el capitán Velasco, que recibió un balazo en el pecho. El pánico cundió en la guarnición, y antes de que izaran la bandera blanca, ya ondeaba en el Morro el pabellón inglés. Velasco, herido de muerte, pero olvidándose de su gravedad, decía: "No confíen la defensa de la bandera a un cobarde". Oyendo esto, el marqués de González tomó en una mano la bandera y en la otra la espada y cayó luchando desesperadamente, acribillado de heridas, "pero aún después de muerto sostenía entre sus manos la gloriosa espada y el asta del pendón nacional". Velasco fue llevado a La Habana por orden de Albermarle, falleciendo al día siguiente. La Junta de Autoridades capituló el 13 de agosto, tomando los ingleses posesión de La Habana el día 14 de agosto de 1762.

Aunque la toma de La Habana por los ingleses fue un triunfo que hizo eco en el mundo, lo cierto fue que resultó tan costosa en dinero y pérdidas de hombres, que para el poco tiempo que duró la dominación ha sido considerada una victoria demasiado costosa. La historia militar, al analizar la estrategia de los sitiados y defensores, también ha hecho críticas censurando a ambos. No obstante, Gran Bretaña dejó establecida su supremacía sobre los mares.

LA DOMINACION INGLESA

Por la pérdida de La Habana, el gobierno español sometió a un proceso al general Prado, al coronel Caro y a otras autoridades de la Isla. Los cargos iban desde el engaño y la negligencia, a la cobardía. El general Prado fue condenado a muerte, aunque después le fue conmutada la pena por cadena perpetua, cumpliendo catorce largos años.

El dominio inglés se concretó a La Habana y su puerto, no pasando de El Mariel por el oeste ni de los límites de Matanzas por el este. Trataron de ganarse la población, aunque sin resultado, a pesar de que se esforzaron en hacer un dominio benigno y que al abrir el comercio de Cuba, que los españoles sólo permitían con la metrópoli, el puerto de La Habana fue visitado en los once meses que duró el gobierno inglés por novecientos barcos, logrando en tan corto tiempo un auge comercial, que aunque no tiene la extraordinaria importancia que se le atribuye, dada su brevedad, fue germen de los acontecimientos políticos que dieron lugar más tarde al Grito de Yara por Carlos Manuel de Céspedes. Los británicos introdujeron 10,000 esclavos e inundaron el mercado cubano con productos ingleses, y no soltaron a Cuba hasta que por el Tratado de París o Versalles, España les entregó la Florida a cambio de Cuba.

LA DEVOLUCION A ESPAÑA

El 6 de julio entró solemnemente en La Habana el conde de Ricla tomando posesión de la isla a nombre del Rey de España, y apunta el historiador Pezuela que se celebraron fiestas suntuosísimas.

Los primeros decretos de Ricla fueron para premiar a los defensores de la ciudad. Al hermano de Velasco se le concedió el título de marqués de Velasco del Morro, al hermano del marqués de González, el de conde del Asalto.

En cuanto a Pepe Antonio, haciendo uso de las facultades que el rey le otorgó, hizo la adjudicación del "nominado oficio de regidor a su hijo Narciso, concediéndole facultad a doña Narcisca de Soto viuda de Gómez, madre del referido Narciso, para que pueda nombrar a la persona que gustare a fin de que administre dichos oficios hasta la mayoría de edad de su hijo".

El 3 de julio de 1765, confirmó Carlos III, con una real cédula, el decreto del capitán general, perpetuando en los descendientes de Pepe Antonio, por **JURO DE HEREDAD**, la vara de regidor de Guanabacoa.

"Considerando —dice el capitán general Ricla— que durante el sitio puesto a esta plaza por la nación inglesa, acreditó Gómez con grandes ventajas del servicio y amor a las armas del rey, distinguido celo, bizarro espíritu y prudente conducta, hizo muchos prisioneros y fue tanta su actividad y acierto que logró hacerse temido a los enemigos, no dejando a sus puestos abandonados hora de descanso y aprovechándose hasta de los rigores de la estación para destruirlos, y como todo es notorio que fue efecto de la conducta del referido don José Antonio Gómez únicamente por servir a S. M. y defender la patria, hasta que por último rindió la vida de una grave enfermedad que tuvo a resultas de sus fatigas, teniendo presente todo lo referido, y para que tenga esta familia una apreciable demostración de la piedad de S. M., usando de las facultades que me ha concedido el Rey, hago adjudicación del nominado oficio de regidor a su hijo don Narciso, en propiedad y sin hacer entero en cajas reales de la parte que pertenecía a S. M., en recompensa del amor y circunstancias con que el referido su padre se sacrificó en la pasada guerra".

